

## PARA EL JUBILEO SACERDOTAL DEL DOCTOR AQUILINO NIÑO

### RECUERDOS

Conocí al doctor Aquilino Niño, cuando yo lo era todavía, en el Liceo de la Infancia, dirigido por aquel maestro incomparable que se llamó don Ricardo Carrasquilla.

Empecé estudios elementales cuando el hoy ilustre sacerdote ya estaba oyendo lecciones de ciencias filológicas y formaba parte de un grupo de estudiantes que después fueron o han sido ornamento de sus familias y honra de su Patria: Ignacio Gutiérrez Ponce, Ruperto Ferreira, Carlos Martínez Silva, Francisco Antonio Gutiérrez, Manuel María Camacho, Manuel Vicente Umaña, y otros que, por temor a la difusión no sigo enumerando.

No fue quizá el futuro canónigo el más brillante de los alumnos en las aulas de literatura, pero era el primero de todos en las de filosofía. Porque él no pertenece a aquella categoría de personas que aprenden cuanto encuentran en los libros o escuchan de boca de los catedráticos, sin añadirle ni quitarle cosa alguna; especie de fonógrafos vivientes, hombres *enseñados*, o *eruditos* como se dice en latín, pero que jamás merecerán el título de *sabios*.

Por el contrario, en la mente del doctor Aquilino Niño, cada doctrina que le llega es apenas premisa para largos y laboriosos razonamientos. Es mucho lo que él ha leído por fuera, pero considerablemente más lo que ha leído por dentro. *Intus legere* dice Santo Tomás que es entender.

A par con el cultivo del entendimiento, iba en el joven boyacence la educación de voluntad. Recuerdo un incidente que marcó época en los anales del Liceo.

Se condujo entonces Aquilino Niño con una humildad, una rectitud, una entereza varonil muy raras en las primeras edades de la vida. Por su parte el señor Carrasquilla dio nueva muestra de su nobleza de carácter y de aquel dón que poseía de ver las almas a través de la envoltura material, como los rayos X penetran los cuerpos opacos a los rayos solares. Tuvo don Ricardo en su discípulo uno de sus mejores amigos, fiel en todo tiempo, primero a la persona, después a la dulce memoria del maestro.

Cuando el señor Niño terminó sus estudios de colegio, se hallaba en las más halagadoras circunstancias. Nieto de uno de los fundadores y mártires de la Patria, perteneciente a una de las familias más señaladas de su tierra natal, con abundantes bienes de fortuna, talento enorme y una preparación literaria y científica más que suficiente para cualquier carrera, el mundo le brindaba todos los honores, riquezas y placeres que acostumbra ofrecer a sus seguidores, aunque a menudo para no cumplirles la palabra.

Pero Dios, que toma ciertas almas para su exclusivo servicio escogiéndolas de aquí y de allá, sin que podamos saber las razones de la preferencia; Dios que hizo apóstoles en un solo día a Juan, el discípulo inocente, y al publicano Mateo, y constituyó príncipes de su Iglesia a Pedro el pescador, y a Pablo, el ciudadano romano, puso los ojos en Aquilino Niño, para elevarlo a la dignidad sacerdotal, superior a la de los ángeles mismos.

Escuchó el piadoso joven la vocación divina y la obedeció dócil, ingresando como alumno al Seminario Conciliar de Bogotá. Y no hizo las cosas a medias. Desde el día en que se vistió la sotana desentendióse por entero de todo lo que no fuera adquirir la ciencia teológica y las sublimes virtudes propias del estado a

que aspiraba. De aquí sus olvidos y distracciones que daban materia a las cariñosas burlas de sus discípulos; chanzas que él con alegres risas era el primero en celebrar.

— Aquel menosprecio de sí mismo y de todas las cosas terrenales no era fuego fatuo, fervor transitorio de novicio. El doctor Niño, después de sacerdote ha ido acrecentando sin cesar sus elevadas condiciones de seminarista. Entiéndase, eso sí, que cuando se trata de la gloria de Dios, la defensa de la Iglesia o el bien de las almas, concentra en la obra emprendida toda la atención, sin descuidar ni el mínimo de los pormenores. La prueba está en que viene desempeñando hace años, a satisfacción de sus superiores, el cargo de vicario general que supone un esmero y una prudencia incomparables.

Cuando Niño fue a pasar con su familia las vacaciones del Seminario, torció el camino para saludar a don Ricardo Carrasquilla que vivía en el pueblo de Nemocón. Se alojó, como era natural, en casa de su antiguo preceptor y se demoró en ella un día entero. A pesar de que yo era todavía un muchacho, asistí a todas las conversaciones entre el maestro y el discípulo, aunque sin entender ni la mitad de ellas, porque versaron sobre elevados puntos de filosofía religiosa.

De entonces acá, como quien dice en los últimos cincuenta años, no me he visto con el doctor Niño sino muy pocas veces, y nuestra correspondencia epistolar no habrá pasado de media docena de cartas. Y sin embargo, le tengo en el número de mis amigos predilectos, porque fuimos formados bajo una misma dirección, nos criamos con idéntica leche intelectual y coincidimos en creencias religiosas, doctrinas filosóficas y gustos literarios; porque él conoce el afecto mezclado de veneración

que le profeso, y yo sé que él me quiere con el cariño indulgente del primogénito al hermano menor.

La última vez que estuve en Tunja, el doctor Niño no fue a verme por motivo de mala salud. Aproveché el primer momento que me dejaron libre los agasajos y atenciones con que me abrumaron mis amigos y discípulos, para visitar al venerable sacerdote, en el modesto aposento del Seminario Mayor, donde se alojaba. Me recibió en los brazos y conversamos largo y tendido, por más de una hora. Una persona extraña que nos hubiera figgado se habría sorprendido de ver dos viejos, blancos de canas, parlando y riendo como rapaces de diez años. Después fui a conocer la casa de caridad fundada y sostenida por el doctor Niño, en la amplia mansión señorial que fue solar de sus mayores.

Allá me mostraron una fotografía muy interesante, porque es la historia gráfica de una nobilísima familia, durante siglo y medio. Representa el busto del doctor Juan Nepomuceno Niño, erigido por la gratitud de sus conciudadanos en el propio sitio en que el prócer cayó, atravesado por las balas pacificadoras. Al pie del monumento está un sacerdote de elevada estatura y ascético rostro. Es el descendiente del martir. Este último consagró la vida y la sacrificó por fundar una Patria independiente y grande; y su nieto la ha ilustrado con el saber, con las labores apostólicas y las enseñanzas en la cátedra; con escritos profundos y luminosos, claros y elegantes, y con la práctica de las más austeras virtudes.

Plegue a la Providencia conceder al doctor Aquilino Niño largos años, tan fecundos en el bien como los que ha cumplido hasta ahora. Y lo serán sin duda alguna. Porque aun suponiendo que algún día una avanzada edad lo privara del ministerio sacerdotal, seguiría predicando con la elocuencia avasalladora del ejemplo.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, agosto de 1923.